

## PLATICA XI.

DE LA PRIMERA OBLIGACION DEL HOMBRE, QUE ES  
BUSCAR SU FIN.

A 22 de Junio de 1690.

Si no se determinan algunos fines adonde se encaminen las acciones, no se pueden lograr los aciertos. En eso nos distinguimos los hombres de los brutos, en que si un bruto no atiende mas que á lo presente, sin que le mueva éste ó aquel fin, sino solo el general instinto á su conservacion, ó el particular antojo á su apetito; el hombre no hace accion que no la encamine como medio para conseguir algun fin. Aplica el labrador sus fatigas para lograr la cosecha; el mercader sus compras para conseguir su ganancia; el oficial sus tareas para asegurar el sustento; el estudioso sus desvelos para adquirir la sabiduría; el pretendiente sus reverencias por llegar al puesto; y así, cada uno á su fin proporcionando los medios; pero no siendo ese fin el último, si el labrador, si el oficial, si el mercader no atienden mas que á la ganancia, al logro, al sustento, y de ahí no pasan á buscar por esos medios el fin último, muy poco se distinguen de los brutos, les dice Séneca: *Vita proposito fine carens insigne*

*stultitie argumentum est.* Por que, ¿qué mayor necesidad que malograr y perder todos los medios, por no encaminarlos á algun fin? Si un Piloto se entregara á los mares sin llevar determinada derrota, sin fijar el puerto á donde encaminaba su viage, ningun viento le seria favorable; porque si el viento sopla á encaminar á España, y él no lleva ese intento, el viento no le sirve: si sopla á encaminar á la India, y él no lleva esa derrota, no le aprovecha: si sopla á encaminar á las Indias, y él no busca esos puertos, no le es el viento favorable: en fin, todos los vientos serian para ese Piloto perdidos, porque como él no determina puerto que sea el fin de su viage, por mas que sean los vientos favorables, no le sirven. Es la comparacion, como dice Séneca: (Epist. 71.) *Ignoranti, quem portum petat nullus suus ventus est. Necesse est multum in via nostra casus possit, quia vivimus casu.*

Ya, pues, cristianos, entramos al mar peligroso de esta vida, embarcados por nuestra dicha en la segura Nave de la Iglesia, bien arriada al árbol mayor de nuestra Fé con las jarcias de la caridad, pertrechada con las tablas de los Divinos Preceptos y prevenida con el ancla de la Esperanza, y bien pertrechada con todas las armas que bastan para echar á huir á nuestros enemigos. Tenemos favorables vientos del Espíritu Santo, prevenidos sus auxilios, apercebidos sus Sacramentos. ¿Pero cuál es el fin á donde vamos? ¿á qué se encaminan todos estos medios? que si no nos determinamos á buscar con ellos nuestro fin, van perdidos todos. Por eso, pues, el Catecismo, antes de entrar á explicarnos los innumerables medios que en la Doctrina Cristiana tenemos para conseguir nuestro fin, quiere que sepamos cuál es ese fin, para que así lo-

gremos, encaminando á él todas nuestras acciones, que todos los Soberanos Misterios de nuestra Fé, todos los Mandamientos Divinos á que nos obliga la Caridad, todas las oraciones y peticiones que hace nuestra esperanza, toda la gracia de los Sacramentos, todos los socorros de la gracia, y en fin, toda la vida de cristiano, aquí se reduce toda, aquí se cifra y á eso se encamina, á conseguir nuestro último fin. Pues por eso pregunta: *¿A qué está obligado el hombre primeramente?* y responde: *A buscar el fin último para que fué criado.* ¡Oh, qué pregunta! ¡y qué respuesta! que si cabáramos en esto con la debida consideracion, esto solo bastara para hacernos santos.—Ya, padre; pero si lo hemos de considerar, ántes que pasemos de aquí, tengo una duda, y es, ¿que por qué añade, *á buscar el último fin?* En esta palabra reparo, porque si es fin, claro está que ha de ser último.—¿No está claro? y si no, decidme: ¿qué fin lleva el labrador en arar la tierra, en sembrar la semilla, en echar el riego, en escardar y limpiar el trigo?—Padre, todo eso es á fin de lograr la cosecha.—Bien, ese es su fin, no hay duda; pero esa cosecha ¿para qué la quiere?—Tiene deudas, ha menester pagarlas; tiene familia, ha menester sustentarla.—Bien: ¿luego ya la cosecha que ántes era fin, ahora es medio para conseguir otro fin? Luego el coger la cosecha, aunque era el fin de sus trabajos, no era el fin último, pues no parando solo en cogerla, la encamina luego á otro fin. Llámase, pues, fin último, solo aquel que no encaminándose á otro fin, en él solo pára el entendimiento, descansa el corazon, se sosiega la voluntad, se satisfacen todos los deseos, se quitan todas las ánsias, y el alma toda reposa en una plenitud de bien, donde nada le falta; en una

quietud tranquila, donde nada la turba; en un descanso seguro, donde nada hay que la fatigue; en un gozo perenne, donde nada puede haber que la affija; y en un colmo de todo cuanto puede haber en la voluntad, en el corazon y en el deseo, que es infinito. Pues este es, este es el fin último, que ni puede ser medio para buscar otro fin, porque todo le sobra; ni puede haber fuera de él otro fin, porque nada le falta.

Ya, pues, alma, tu primera obligacion es buscar este fin último para que fuiste criada: buscarlo digo con el entendimiento para conocerlo, y buscarlo luego con las obras, para alcanzarlo. Dime, pues, ¿cuántas veces te has puesto á pensar esto? ¿Para qué fin me sacó Dios de la nada, pudiendo haberme dejado en lo que yo era ahora cien años? Nada, nada. ¿Para qué fin, no solo me dió sér, sino ser hombre, pudiendo haberme hecho bruto? ¿Para qué fin me dió esta alma, cuya nobleza yo en mí mismo la siento? ¿Para qué me dió este espíritu, cuyo vigor yo en mí mismo lo reconozco? ¿Para qué fin me dió este entendimiento, esta voluntad, esta memoria, potencias tan generosas y tan nobles, que vuelan á penetrar lo mas escondido, lo mas retirado, lo mas alto; que abrazan con el amor lo mas hermoso, lo mas agraciado, lo mas apacible, lo mas bello: que me ponen delante con los recuerdos, lo que atesoran los libros de noticias, lo que alcanzaron los mas sábios con discursos y con experiencias, y lo que han revuelto los siglos en la continua carrera de sus años? Pues esta alma tan noble en sus acciones, tan prodigiosa en sus potencias, y tan del todo admirable en la capacidad con que aquí metida dentro de un frágil cuerpo, todo lo penetra, hasta esa maquinosa dilatacion de los Cie-

los; todo lo alcanza, hasta esos extendidos espacios de los mares, y lo abraza todo, cuanto contiene el globo basto de la tierra: ¿pues para qué me la dió Dios? Alma mía, ¿cuál es tu fin donde has de tener cabal y lleno tu descanso? Hasta aquí, aun los gentiles, aun los bárbaros, se hacian esta pregunta; y faltándoles la luz de la Fé, dice S. Agustín, (*lib. 19. de Civit. Dei. cap. 1.*) que llegaron á doscientas ochenta y ocho opiniones, sin acertar ninguna á determinar, *cuál es el fin para que fué criado el hombre.*

Pero nosotros los Cristianos, aun tenemos mas que preguntar, buscando nuestro fin: ¿Para qué fin, despues de criarme Dios con una alma tan noble, me quiso poner en su Iglesia, pudiendo haberme dejado enmedio de la gentilidad? ¿Para qué fin me enriqueció con tantos Sacramentos, con tantos auxilios, con tanta gracia? ¿Para qué fin me dejó la norma á mis acciones con tan santos preceptos, con tan saludables consejos, con tan provechosos avisos? Alma mía, ¿cuál es tu fin? ¿dónde han de sosegar tus inquietudes? ¿dónde se han de saciar tus deseos? ¿dónde han de descansar tus ansias? No te hizo Dios al acaso, que su infinita sabiduría no sabe obrar así. Pues sí, para algun fin te hizo Dios. ¿No te hizo tan noble, que en tu espiritual pureza compites con los Serafines, para que fueses tú sin igual con las piedras, con los troncos y con los brutos? ¿No te hizo tan capaz, que alcanzas mas allá de los Cielos, que abrazas las esferas, para que fuese tu fin tan estrecho, como es el Orbe de la tierra, por mas que se dilate? ¿Pues para qué te crió Dios hombre? ¿Solo para ser? Eso tienen las piedras, y eres tú mejor. ¿Solo para crecer? Eso tienen las plantas, y eres tú mas noble. ¿Solo para vivir? Eso tienen los brutos, y eres superior á todos.

Y ya, si por tus cuidados, si por tus deseos y por tus inquietudes, si por tus ansias hemos de buscar tu último fin; dime, ¿te crió Dios para que en los deleites atiendas solo á tu regalo, á tu comodidad y á tu gusto, para que sigas los antojos de tus apetitos? No, que en el comer, beber y dormir, solo una bestia halla descanso; pero un hombre, aun con esa misma abundancia, ¿qué congojas no padece en el espíritu? ¿qué aprietos en el corazón? ¿qué quebradas en la salud? ¿qué achaques, qué enfermedades y qué dolores? Luego ese no puede ser su fin, pues que en él no tiene descanso. ¿Te crió Dios solo para cuidar de tu hermosura, solo para atender al aliño y solo para estar pensando de día y de noche en la gala? No, que eso aun las florecillas del campo te hicieran mil ventajas, pues ellas sin tanta fatiga, sin tanto cuidado campean hermosas, se ostentan lucidas y lucen galanas en sus propios matices. Sí; pero presto se marchitan, y no es mas durable tu hermosura, juguete de la enfermedad y del tiempo. Luego ese no puede ser tu fin, pues que despues de tus cuidados no puedes en él tener firmeza que te asegure. ¿Te crió Dios para que soltando la rienda á tus pasiones, busques en el torpe amor tu gusto, pongas en los paseos tu diversion y solicites en las conversaciones y en las visitas tu descanso? No, que ellas mismas te avisan con las congojas, con las inquietudes, con las sospechas y con los celos, llenándote de amargura, que no es allí donde han de descansar como en tu fin último. Pues si ninguno, ninguno de los gustos del cuerpo, ni de los placeres del apetito, te dá descanso; luego ninguno de todos esos gustos puede ser tu último fin, donde has de tener cabal y colmado el consuelo.

Convidaron unos amigos suyos á un mancebo llamado Rolando, á un festejo que tenían prevenido, diciéndole que se holgarian mucho. Asistió aquel; pero en medio de las músicas, de las danzas y de los banquetes, no hacia sino preguntar con gracia á sus amigos: *Pues, ¿cuándo nos holgamos?* Andaba la diversion, el gaudate, la risa, y él volvió á decir: *¿Cuándo nos holgamos?* Este desengaño le bastó para dejar el mundo y hacerse un ejemplar de virtudes en la esclarecida Religion de Santo Domingo. ¡Oh, cómo se puede hacer siempre esta pregunta en medio de los mayores festines y banquetes del mundo! *¿Cuándo nos holgamos?* Porque en medio de los que parecen placeres, el corazon, ya en cuidados, ya en memorias, ya en achaques, ya en sustos, por un instante de placer vuelve muy malos ratos de amargura. Luego ese no puede ser tu fin, Cristiano.

Pues busquemos ese fin por otro lado. ¿Si estará en tener muchas riquezas, en gozar familia numerosa, casa opulenta, posesiones amplias? ¡Oh, respóndanlo y hablen verdad los que las tienen! ¿Qué cuidados para mantenerlas, qué miedos, qué sustos, qué temores de que no se pierdan, qué ansias por aumentarlas! Y en todo esto, ¿qué amarguras de día! y de noche, ¿qué inquietudes! Y despues de todo, si atormenta un dolor, si se agrava un achaque, si la muerte llega, ¿qué aprovechan esas riquezas? ¿de qué sirven? ¿qué valen? Nada, nada. ¿Pues cómo será tu fin, hombre, el que tantas congojas te causa? ¿el que tan poca seguridad tiene? ¿el que de la mayor desdicha no te libra? ¿y el que en el mayor aprieto no te vale?

Estando ya á la muerte un rico, refiere Rauliano (*t. 1. de Mor. c. 5.*) hizo traer delante de su cama,

todo el oro, plata y joyas que tenia, y deciale á su alma: alma mia, mira todo lo que te he adquirido para tu regalo, no te vayas, alégrate y diviértete. Mas no por eso cesaban un punto, ántes iban creciendo sus congojas por mas que él le repetia aquellos consuelos. ¿Es posible, le instaba, que pudiendo gozar todo esto, así lo dejes, así te vayas y así me aflijas? Nada bastaba, y el dolor crecía. Hasta que viendo que no tenia ningun alivio, volvió diciendo á su alma: puesto que no te quieres quedar ofreciéndote toda esta riqueza, acaba de salir con cien mil demonios. Así fué, porque espiró al punto. ¡Oh, Dios! ¿Y habrá quien en las riquezas ponga todo el fin de sus cuidados?

Ea, busquemos nuestro fin por otra parte. ¿Si acaso estará en las honras, en las dignidades y en los puestos, á que tantos con todas sus ansias anhelan, y que por alcanzarlos tan viles supercherías sufren? ¡Oh, Dios! ¿Cómo puede ser fin á donde el corazon descansa, una subida tan empinada que apenas deja respirar el aliento con el tropel de los negocios? ¿Una subida tan áspera que apenas permite dar un paso, oprimiendo con el peso intolerable de los cuidados, de las impertinentes visitas y de los ceremoniosos cumplimientos? ¿Una subida tan peligrosa, que en un puntillo se tropieza y en un punto se pierde la honra, y todos á la mira con la fisga, con las murmuraciones y con la risa? ¿Una subida tan estrecha, que ni ha de volver la cabeza, porque no digan; que ni ha de dar un paso mas, porque no hablen; que ni ha de hablar, porque no piensen? ¡Ah, vil esclavitud que te llamas mando! ¡Ah, intolerable remo, que te llamas puesto! ¡Ah, honras, que todas sois viento! y ¡Ah, dignidades, que todas siendo montes para oprimir, sois humo para volar!

No entendí yo nunca, decía el Santísimo P. Urbano VII al ponerse el Roquete Pontificio de un muy delicado cambray, no entendí yo nunca que un lienzo tan delgado podía tener en sí un tan intolerable peso. Pues ¿cómo con tanta carga de pesadumbres podrán las honras y las dignidades ser el fin de nuestro descanso? Abrís una caja; no hay duda, está vacía; mirad que nó, que está llena de aire. Esto ya yo lo sé, pero como esta caja no se hizo para guardar aire, dices que está vacía; y decís bien. Pues hombre, si no te hizo Dios para que seas arca de viento, ¿cómo no has de estar vacío con todo el viento de las honras?

Ahora, Cristianos, ántes de hallar el fin último que hoy buscamos, pongo fin á esta Doctrina con una parábola que servirá de ejemplo, y la refiere el piadosísimo Juan Raulino, (*t. 1 de Muerte, c. 16.*) dice: que en cierta ciudad, estando un poderoso á la muerte, hizo su testamento con una cláusula extraña y rara; porque dijo que instituía por heredero de su hacienda toda, que era mucha, al hombre que se hallara más nécio, y para esto les tomó juramento á sus albaceas, de que lo cumplirían así. Dicho de nécio, dirán, ya lo oigo; pero vean aquí puestos en una gravísima dificultad á los albaceas, sobre determinar quién sería el heredero, porque nécios á cada paso los hallaban; pero como habia de ser el mas nécio, no era fácil entre muchos nécios determinar cuál lo era mas. Visitaron muchas clases de nécios, que no hay ahora lugar de referirlas, y continuando en sus diligencias, llegaron á una ciudad, á cuyas puertas, entre una muchedumbre de gente y Ministros de Justicia, encontraron á un miserable hombre que, desnudo y maniatado, lo llevaban á ahorcar. Preguntaron al punto, por

qué—Porque este año, les contestaron, acaba de ser gobernador de esta ciudad.—¿Por eso? ¿Pues qué ha cometido algunos delitos?—No señor; pero es ley que aquí hay, de que al que gobierna cada año, se le dé gusto en cuanto pidiere y mandare, que sea muy servido y obedecido de todos; pero en cumpliendo el año, al punto, sin remision alguna, lo saquen fuera y lo ahorquen; y eso vamos á ejecutar.—¿Y así hay alguno que quiera entrar de gobernador? Es imposible, es imposible; porque ¿quién ha de querer ese gobierno, aunque fuera de todo el mundo, habiendo tan presto de acabar en una horca? Y así no tendreis ya quien sea vuestro gobernador.—¿Cómo no? les dijeron, entren en la ciudad y lo verán. Entraron, y vieron á uno que con grandes ánsias, diligencias, regalos y dinero, pretendia el gobierno.—¿Esto sucede? dicen atónitos al verlo: ¿tal hombre puede haber en el mundo? Pues ya no tenemos mas que cansarnos. Este, este es el mayor nécio que hay, ni puede haber en el mundo: y al punto le entregaron toda la herencia.—Padre, me dirán, ¿dónde sucedió eso?—¿Saben dónde? Aquí está sucediendo hoy, y está sucediendo en todo el mundo. Aquel poderoso que hace su testamento, es el mundo que cada dia se vá muriendo: *Testamentum hujus mundi*, que dijo el Espíritu Santo: Deja por heredero de todos tus bienes al mas nécio. ¿Y quién es éste? Tú y yo, que sin mirar que todas las cosas del mundo, que todos sus deleites, que todos sus gustos, que todas sus riquezas y que todas sus honras, no son mas que una horca que infamemente ahoga, y que vilmente mata; con todo eso las buscas con tantas ánsias, que por ellas olvidas el nobilísimo fin para que Dios te crió: pues si nada puede

de todo lo criado llenar nuestro corazón, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, á darle descanso cumplido á nuestra alma; nada, fuera de Dios, es el fin para que fuimos criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud y nuestra Gloria.

---



---

## PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS CRIADOS,  
QUE ES SOLO DIOS.

A 29 de Junio de 1690.

**S**i fuera tan fácil de conseguir, como es fácil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen y lo que todos buscan, nadie habria que no fuese cabalmente dichoso.

Prometióles en Atenas un farsante á sus oyentes, que á la primera vez que se juntasen en el Teatro, les habia de ir adivinando á cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promesa fué esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad y se apiñó de innumerable gente el concurso.—¿A ver cómo adivina? ¿A ver qué nos dice?—Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por eso suele ser tan poco el provecho. Ya juntos, y ya con los deseos impacientes, cuando por oirlo adivinar no chistaban, el taimado, despues que puesto en el Teatro les dió bien á desear su adivinanza, con mucha socarra les dijo: *Ea, ¿qué vá y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: Omnes vultis vili emere, et caro vendere*: todos queréis comprar barato y vender caro. ¿No es así? Mi-